

A un año de democracia en la Argentina

Al redactar esta suerte de resumen del año (hacemos estas líneas en diciembre de 1984, vaya a saberse cuándo llegarán a conocimiento de los lectores) volvemos a advertir que es muy difícil, y si se quiere pueril, aislar el hecho literario (y por extensión cultural) de la realidad total de la Argentina. Lo de total no nos convence, aunque es obvio que queremos hacer así referencia a los datos políticos, económicos, sociales, que informan al complejo país.

Salvo los libros de pornografía muy subida de tono, en la Argentina de Alfonsín circula cualquier clase de publicación. Se ha abolido la censura, (lo había anunciado el presidente en su mensaje al Congreso, lo reiteró toda vez que pudo y explícitamente lo señaló en oportunidad de la Feria del Libro — muestra internacional de publicaciones que se realiza desde 1975 con masivo apoyo popular en el mes de abril de cada año en Buenos Aires—) y si alguna publicación genera litigio debe intervenir la justicia. En este país donde siempre mandó el capricho, decir que pasa lo anterior es poco menos que milagroso.

De forma tal que la obra prácticamente total del exitoso Enrique Medina, un autor que escribe sobre los marginales, muchas veces con exceso de escatología y que había sufrido problemas con la censura, ha sido de nuevo puesta en circulación, así como *La boca de la ballena* de

Héctor Lastra, una cuidada novela sobre la homosexualidad, también prohibida durante el proceso castrense. *El frasquito* de Luis Guzmán, inteligente trabajo el que las palabras mutaban de significación al cambiarse el significante, de circulación vedada, ha sido de nuevo puesto en venta. En los tres casos las trasgresiones resultaban menores y las prohibiciones hablaban de por sí de la ridiculez que entrañaban. El diario *Clarín* de Buenos Aires publicó en su suplemento cultural de los jueves un listado de más de cien títulos de toda especie que no pudieron circular durante los años de la dictadura.

En ese listado “hay de todo como en botica” (como expresaba el arcaico dicho), y nadie se puede quejar, porque están desde Vargas Llosa a Manuel Puig, sin olvidar a Kosinsky, Eduardo Galeano, Gudiño Kieffer, Jorge Asís, Mario Benedetti, Stokely Carmichael, Griselda Gambaro, Haroldo Conti, Jacques Prévert, Paulo Freire, Erich Fromm, Irvin Shaw, Erica Jong, Copi, David Viñas, Augusto Céspedes, Graham Greene, y por supuesto, además de Marx y Engels, ese subversivo llamado Saint-Exupéry y su libelo *El Principito*. Lo de subversivo y libelo está dicho en broma, la prohibición fue en serio. . .

Bien, no hay censura en la Argentina democrática. Circulan los libros hasta hace poco prohibidos, se vuelve a hablar de los desaparecidos y un título, *Operación masacre* de Rodolfo Walsh (al parecer asesinado en 1977 en un tétrico campo de concen-

tración; no hay pruebas sobre ello, sólo indicios) se ha vuelto bestseller. *Operación*. . . hizo referencia a un fusilamiento de civiles por el gobierno militar que derrocó a Perón en 1955. Sobre el hecho no había datos oficiales y Walsh, con mucho peligro para su vida, reconstruyó los episodios escribiendo una crónica periodística con todo el *punch* y el atractivo propio de una novela policial. En la última edición el libro de Walsh incluye una “Carta abierta a la Junta Militar”, de fortísima denuncia sobre hechos ocurridos en el primer año del proceso —que no se conocía en nuestro país, y que hablaba de realidades que tampoco conocía el gran público. Por esa carta Walsh fue secuestrado y al parecer asesinado.

Los libros en la Argentina están caros. Al llegar al término de 1984 las ventas han descendido, los tirajes también. Para salarios mensuales promedio que difícilmente lleguen a los 200 dólares, con un costo de vida —también mensual promedio— para una familia tipo (cuatro personas) no menor a los 600/800 dólares (es obvio, todo el mundo tiene que trabajar y tener varios ingresos) el libro se presenta como algo superfluo, distante, cuando no desconocido, con su precio de tapa oscilando entre los cinco y los diez dólares, según la cantidad de páginas, la cubierta, el tiraje, y todo cuanto refiere al negocio editorial. Es bestseller el argentino Jorge Asís, también lo han sido Medina, Cortázar, Mujica Lainez, Costantini, Giardinelli, Soriano, Vargas Llosa, pero especialmente lo

fueron, lo son, lo serán siempre, Forsyth, Hailey, Ludlum, Morris West, puntuales asistentes a las mesas de venta masiva. Para ellos siempre hay un peso, aunque venga devaluado.

La economía también ha dañado a las editoriales de capital argentino. La única que se ha colocado en un nivel competitivo de igual a igual con las transnacionales ha sido *Emecé*, que ha dejado de lado cuanto tuviese que ver con la calidad en beneficio del negocio. Quedan —le quedan— algunos costados que tienen que ver con esa calidad perdida: las obras de Borges, algunas novelas argentinas (*Ultimas tardes de William Shakespeare*, de Kociancic, *El pasajero* de Rodolfo Rabanal) y estudios al estilo de los del francés Alain Rouquié (*El estado militar en América Latina*).

Pero son las multinacionales las que se ubican en el primer plano referencial. Planeta por excelencia, con sus satélites Seix Barral y Ariel y ahora ligada a Sudamericana de la Argentina a través del sello Sudamericana/Planeta que publica variadísimo material, destacándose este año la reedición de prácticamente la obra total de Vargas Llosa, desde *Los jefes* a *Historia de Mayta*, novela que aún no hemos leído. La otra transnacional, Bruguera, a través de su casa argentina, está publicando trabajos de escritores que debieron exiliarse: Di Benedetto, Juan Carlos Martini, Humberto Costantini, Mempo Giardinelli, Osvaldo Soriano, Tomás Eloy Martínez, entre otros.

Las multinacionales están en con-

diciones de extraer ganancia del mercado argentino, tan castigado y pauperizado por la deuda externa que mantiene el país con centenares de bancos en el mundo entero. Y de hecho lo consiguen, relegando a un segundo plano a la mayor parte de los sellos argentinos.

Solamente una política cultural y vigorosa e imaginativa por parte del gobierno central permitiría modificar este curso errático del libro argentino. Hay una editorial, el Centro Editor de América Latina, gestado y sostenido por Boris Spiracow, un hombre vinculado a la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) en la década del 60, que da respuestas originales a la falta de dinero, al encarecimiento del papel, a la migración de autores hacia las multinacionales que al menos algo pagan. Desarrolla su distribución basándola en la venta en los expendios de revistas y diarios (en la Argentina llamados quioscos), vendiendo libros a precios promocionales y desarrollando volúmenes a través de fascículos. Por cierto también las multinacionales —en su mayoría de origen español— están puntualmente presentes en esos kioscos, con libros y fascículos. *Hyspamérica* es la que más se destaca en ese campo.

Pero esa política oficial no existe, pese a que se han hecho designaciones interesantes (Luis Grégorich al frente de EUDEBA, por ejemplo). Y el que resulta el principal perjudicado es el escritor que reside en el interior, lejos de los centros de producción y distribución del libro, radicados en Buenos Aires por excelencia.

También sufre demoras el autor poco conocido radicado en la misma ciudad capital de la Argentina, pero se trata de una demora de distinta especie, porque hay más posibilidades objetivas de hacer circular sus trabajos.

El autor también es el convidado de piedra en lo que hace a ganancias. Son pocos quienes viven de sus libros (Borges, Sábato, Denevi, Jorge Asís) y la mayoría debe acudir a tareas paralelas que suelen ser las que más tiempo reclaman. No es nada, nuevo es cierto; pero lo que se quiere decir es que —más allá de la honestidad de planteos que los hay— la democracia no ha atendido esa situación, traslativa a prácticamente todo el campo cultural. No se observa la necesaria planificación, la posibilidad de edición, el intercambio de experiencias.

En definitiva prevalece lo otro: que haya sido EUDEBA —una editorial fascista en tiempo de la dictadura— la que se encargó de publicar el *Nunca más* de la CONADEP, donde se resume la investigación de esa comisión presidida por Sábato (CONADEP es la sigla de Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas) hecha con mucha valentía, arduos problemas y resultados que permitieron enviar a prisión preventiva a cinco de los nueve ex comandantes de las tres primeras juntas militares que gobernaron la Argentina durante el proceso castrense. La falta de censura, el retorno de conocidos escritores desde el exilio, la reedición de obras prohibidas, es aquello que la política oficial ha facilitado, si no

propiciado. En ese caso se puede decir que ha habido justicia con Antonio Di Benedetto, un autor hermético, de obra ardua, quien no sólo regresó al país sino que obtuvo un trabajo en el ámbito oficial. Se aguarda del escritor la edición de su novela *Sombras nada más*, escrita en el exilio.

Además de *El pasajero* en el último tiempo pudieron leerse otros interesantes trabajos, aunque ninguno de gran mérito. En ese sentido es doble advertir que desde *Rayuela* de Cortázar no ha vuelto a salir un libro de mérito excepcional, si se exceptúa a *Respiración artificial* de Ricardo Piglia, libro editado en 1980. De Piglia se espera con mucho interés su nuevo trabajo pronto a salir.

Durante 1984 —y especialmente en sus últimos meses— se pudieron conocer valiosos títulos, entre ellos *El libro de todos los engaños* del repatriado Vicente Battista, quien cuenta una historia que lo tiene como protagonista, en la busca de un texto, el libro del título, que le daría sentido —último— a su propia existencia. Relato con claras dependencias de Borges y Cortázar, el texto de Battista resulta atractivo con sus saltos cronológicos y el permanente escamoteo que hace de la “verdad” que el libro, nunca hallado, podría proporcionar.

El *Diario íntimo de Odolinda Correa* es un relato en primera persona escrito por una muchacha de campo arribada a Buenos Aires que padece todos los desencuentros, los sufrimientos y las postergaciones propias de los marginados por la socie-

dad egoísta en la que viven. La habilidad de su autora Roma Mahieu (también prohibida durante el proceso, radicada en Alemania Federal) hace creíble esta historia donde el remedo del lenguaje propio de Odolinda se vuelve llave maestra para el desarrollo de la historia.

Mempo Giardinelli, otro exiliado que si bien ha vuelto a la Argentina continúa —al momento de escribir estas líneas— radicado en México, publicó *Luna caliente* y *La revolución en bicicleta*, ambos libros ya conocidos en el exterior. de Luna. . . se va a realizar de inmediato una película, con participación mexicana. De esa novela deben rescatarse sus atmósferas propias de novela policial “dura”, su lenguaje periodístico, hemingwayniano, y el final que la enlaza con la narrativa fantástica, herencia de Poe. Esta novela se encuentra entre lo mejor conseguido en ficción argentina.

Respecto de la propia narrativa fantástica cabe ponderar a los dos volúmenes de *Kalpa Imperial* de Angélica Gorodischer, donde el vasto imperio por la autora imaginado y la lucha por el poder, constituyen los ejes de estos relatos cargados de humor y trabajados con un lenguaje propio, rico en sus matices.

La sueñera de Ana María Shua es el otro importante volumen de ciencia ficción o de especulación fantástica de autor argentino conocido en 1984. Textos breves, cáusticos, de hábil resolución, permiten la vinculación de lo “real” con lo “posible” de una manera sumamente eficaz.

Ragnar Hagelin narrando sus pe-

ripecias para encontrar datos sobre su hija Dagmar, desaparecida en la Argentina en 1977 a través de su libro testimonial llamado *Mi hija Dagmar* ha logrado armar la denuncia más concreta contra el proceso trasmutada en volumen de amplia circulación. También el *Nunca más* de la Conadep ha permitido al argentino (poco “creyente” en su tiempo de las “infamias” que la subversión difundía en el exterior” y convencido, por el contrario, de vivir en una suerte de paraíso terrenal) conocer al verdadero rostro de una etapa crudelísima. Otros títulos (*Sobrevivientes de La Perla*, *La Perla*, *Recuerdos de la muerte*) han servido para similar finalidad. *Recuerdos de la muerte*, un testimonio sobre los campos de concentración narrado por Miguel Bonasso va a ser llevado al cine.

Siempre quedan datos “en el tintero”. No hemos hecho mención a la poesía, si bien es cierto que no hubo en ese terreno mucho para ponderar —en cuanto novedad— durante 1984. También habría que detenerse en el terreno del humor gráfico con nombres como los de Roberto Fontanarrosa, Joaquín Lavado (Quino) y Hermenegildo Sábat, y quizás lo hagamos en algún tiempo más. El ensayo no dio tampoco títulos de significación, salvo el *Montoneros, la soberbia armada* de Pablo Giussani, crítica muy aguda a la guerrilla de ese nombre, sobre el que habláramos en la nota anterior.

Mucho de lo bueno y lo malo ha ocurrido en 1984 en la Argentina, con muchas heridas abiertas y cosas

que no terminan de encajar, desde la inflación a los delitos, desde las presencias ultramontanas de la derecha hasta la falta de visión histórica de muchos dirigentes políticos. El barco tiene, eso sí, un hombre carismático a su frente, Alfonsín. Más allá de errores y desfallecimientos la democracia subsiste. "No saben lo que tienen", le dijo enojado un chileno a Roberto Cossa, cuando éste se quejaba del gobierno radical. Las quejas suelen ser justificadas y por supuesto abundantes. La prensa, inclinada hacia los factores de poder que nada ganan con la democracia, contribuye a magnificar los errores y olvidar los aciertos. El chileno no dejaba de tener razón: más allá de nuestra cordillera de los Andes, hacia el Pacífico, late el terror. De este lado la reconstrucción es posible. Inclusive esta nota sin censura da testimonio de ello. Y en el hoy por hoy de nuestras patrias, ello es mucho decir.

Carlos Roberto Morán

Teatro Mexicano

Al recordar hacia el final del año las visitas semanales a los teatros —a un sólo teatro—, que con un segundo de abstracción liberan el disparador del yo intuitivo, aquel que agolpa las emociones, acumula las imágenes, enloquece la pluma. Recrear ahora de un modo reflexivo y sereno el misterio que devela el telón, aclarar la som-

bra apenas perceptible del perfil de un hombre tras bambalinas, para presenciar segundos después la transhumanización técnica y subjetiva de la que es fascinada presa el personaje teatral, representa una experiencia estética integrada a espacios abiertos de onirismo, que adquieren la forma de un personaje impetuoso que toma por asalto ese terreno virgen de la receptividad ingenua.

Y quizá aún mayor sea este sentimiento de satisfacción, cuando al hacer un recuento rápido, el teatro mexicano pese notablemente sobre el resto de las escenificaciones en la capital. En efecto, las tablas se nutren de una dramaturgia con tradición, dejando la huella del español en diálogos intensos que buscan la identificación del ethos colectivo.

Emilio Carballido, Hugo Argüelles y Héctor Mendoza; Felipe Santander, Sabina Berman, Alejandro Aura y Antonio González Caballero presentaron dos o más obras simultáneas en el transcurso de la segunda mitad del año, con éxito cosechado en asistencia constante y animosa de un numerosísimo público que acude a las salas, si bien es cierto, con expectativas diversas.

Teatro de ideas, consolidado y construido en supuestos filosóficos, y universales axiológicos heridos por el centro con la punta de una lanza literaria, componían el trazo del *Quijote* de Federico S. Inclán: La exposición de una dialéctica religiosa existencial que se resuelve con los propios elementos de que se nutre el drama, compusieron un espectáculo que permitía el debate y ofrecía posibi-

lidades de especulación trascendente, en torno a las confesiones de un obispo próximo al cardenalato en la pluma de Luis G. Basurto.

La recuperación hilarante y deliciosa de la revista de principios de siglo, con el miriñaque ondulante, las ligas asomadas y las plumas de pavorreal en diademas y vestidos al tobillo, corrió a cargo de un imperceptible pero valioso trabajo de investigación de Enrique Alonso.

Un teatro que merecería el adjetivo de "perfecto" por la realización técnica de sus elementos, el academicismo en el movimiento, la limpieza deliberada y escrupulosa de las líneas, el hieratismo impenetrable en el gesto y la sincronización matemática de un coro polifónico, es el que presentaron la mancuerna de la mexicana Olga Harmoni y Manuel Montoro, en su *Ley de Creón*.

O un complejo de significaciones sociales que borda sobre un lienzo blanco figuras conceptuales de repercusiones plurivalentes también con hilo blanco, son descubiertas con un alto contraste cuando Santander empalma problemáticas sin fronteras que finalmente consiguen delimitar con una amplia cartografía, la relación milicia-campesinado con dos continentes que se otean a sí mismos a través de *Los dos Hermanos*.

La parodia fina que revela una observación profunda y responsable de los ámbitos rurales mexicanos, y que llevada a las tablas se concreta en una sólida comedia de caracteres, definen la farsa en su expresión más nacional que Hugo Argüelles logra con sus "cuervos".